

27° DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO



Las lecturas del Domingo 27 del Tiempo Ordinario presentan, como tema principal, el proyecto ideal de Dios para la mujer y para el hombre: formar una comunidad de amor, estable e indisoluble, que les ayude mutuamente a realizarse y a ser felices. Ese amor, hecho donación y entrega, será para el mundo un reflejo del amor de Dios.

La primera lectura nos dice que Dios creó al hombre y a la mujer para que se complementen, para que se ayuden, para que se amen. Unidos por el amor, el hombre y la mujer serán "una sola carne". Ser "una sola carne", implica vivir en comunión total uno con otro, dándose uno al otro, compartiendo la vida el uno con el otro, unidos por un amor que es más fuerte que cualquier otro vínculo.

En el Evangelio Jesús, confrontado con la Ley judía del divorcio, reafirma el proyecto ideal de Dios para el hombre y para la mujer: ellos fueron llamados a formar una comunidad estable e indisoluble de amor, de compartir y de donación. La separación no está prevista en el proyecto ideal de Dios, pues Dios no considera un amor que no sea total y duradero. Sólo el amor eterno, expresado en un compromiso indisoluble, respeta el proyecto primordial de Dios para el hombre y para la mujer.

La segunda lectura nos recuerda la "calidad" del amor de Dios por los hombres. Dios amó de tal forma a los hombres, que envió al mundo a su Hijo único "en provecho de todos". Jesús, el Hijo, se solidarizó con los hombres, compartió la debilidad de los hombres y, cumpliendo el proyecto del Padre, aceptó morir en la cruz para decir a los hombres que la vida verdadera está en el amor que se da hasta las últimas consecuencias. Ligando el texto de la Carta a los Hebreos con el tema principal de la liturgia de este Domingo, podemos decir que la pareja cristiana debe testimoniar, con su donación sin límites y con su entrega total, el amor de Dios por la humanidad.

PRIMERA LECTURA

Y serán los dos una sola carne

Lectura del libro del Génesis

2, 18 - 24

El Señor Dios se dijo:

— «No está bien que el hombre esté solo;
voy a hacerle alguien como él que le ayude.»

Entonces el Señor Dios modeló de arcilla todas las bestias del campo y todos los pájaros del cielo y se los presentó al hombre, para ver qué nombre les ponía. Y cada ser vivo llevaría el nombre que el hombre le pusiera. Así, el hombre puso nombre a todos los animales domésticos, a los pájaros del cielo y a las bestias del campo; pero no encontraba ninguno como él que lo ayudase. Entonces el Señor Dios dejó caer sobre el hombre un letargo, y el hombre se durmió.

Le sacó una costilla y le cerró el sitio con carne.

Y el Señor Dios trabajó la costilla que le había sacado al hombre, haciendo una mujer, y se la presentó al hombre.

El hombre dijo:

— «¡Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!
Su nombre será Mujer, porque ha salido del hombre.
Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre,
se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne.»

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

El texto de Gn 2,4b-3,24, conocido como relato yahvista de la creación, es, de acuerdo con la mayoría de los comentaristas, un texto del siglo X antes de Cristo, que debe haber aparecido en Judá en la época del rey Salomón. Parece ser obra de un catequista popular, que enseña utilizando imágenes sugestivas, coloristas y fuertes.

No podemos, de ninguna forma ver en este texto un reportaje periodístico de acontecimientos pasados en la aurora de la humanidad. La finalidad del autor no es científica o histórica, sino teológica: más que enseñar cómo aparecieron el mundo y el ser humano, quiere decirnos que en el origen de la vida y del hombre está Yahvé. Se trata, por tanto, de una página de catequesis y no de un tratado destinado a explicar científicamente los orígenes del mundo y de la vida.

Para presentar esa catequesis a los hombres del siglo X, los teólogos yahvistas utilizarán elementos simbólicos y literarios de las cosmogonías mesopotámicas (por ejemplo, la formación del hombre "del polvo de la tierra", es un elemento que aparece siempre en los mitos de origen mesopotámico); sin embargo, transformarán y adaptarán los símbolos tomados de narraciones legendarias de otros pueblos, dándoles un nuevo encuadre, una nueva interpretación y poniéndolos al servicio de la catequesis y de la fe de Israel.

O sea, el lenguaje y la presentación literaria de las narraciones bíblicas de la creación presentan paralelos significativos con los mitos de origen de los pueblos de la zona del Creciente Fértil, pero las conclusiones teológicas, sobre todo la enseñanza sobre Dios y sobre el lugar que el hombre ocupa en el proyecto de Dios, son muy diferentes.

El texto que se nos propone hoy como primera lectura, nos sitúa en el "jardín del Edén", un espacio ideal donde Dios colocó al hombre que creó, un ambiente de felicidad material donde todas las exigencias de la vida estaban satisfechas. Es un lugar de agua abundante y con muchos árboles (para quien sentía sobre sí la amenaza del desierto árido, la idea de felicidad era un lugar con mucha agua, un clima fresco, un ambiente de árboles y de verde abundante).

¿El hombre tenía, entonces, todo para ser feliz? Todavía no. En la perspectiva del catequista yahvista, el hombre no estaba completamente realizado, pues le faltaba alguien con quien compartir la vida y la felicidad. El hombre no fue creado para vivir solo, sino para vivir en relación. Ese es el problema que Dios, con solicitud y amor, va a resolver...

1.2. Mensaje

Después de crear al hombre y de situarlo en el "jardín" de la felicidad, Dios constató la soledad del hombre y quiso darle solución. ¿Cómo?

En un primer momento, Dios hace desfilar delante del hombre "a todos los animales del campo y todas las aves del cielo", para que el hombre los llamase "por sus nombres" (v. 19). Según las ideas vigentes en el Medio Oriente antiguo, el hecho de "dar nombre" era, antes de nada, un hecho de dominio y de posesión. Por otro lado, el hecho de que Dios trajera los animales para que el hombre les diese nombre era, en la perspectiva del catequista yahvista, el reconocimiento por parte de Dios de la autonomía del hombre y la asociación del hombre a la obra creadora y ordenadora de Dios.

¿La autoridad sobre los otros seres creados y la asociación del hombre a la obra creadora de Dios responderá al deseo de felicidad completa que el hombre siente y resolverá el problema de la soledad? No, el hombre no encontró, en ese mundo animal que Dios le confió, "no encontraba ninguno como él" (v. 20). Por muy rico y desafiante que fuese ese mundo nuevo que le fue presentado, el hombre no encontró ahí su ayuda y el complemento que esperaba. Para que el hombre se realice completamente, Dios va a intervenir de nuevo.

La nueva acción de Dios comienza con un "sueño profundo" del hombre. Después Dios, actuando como un hábil cirujano, sacó parte del cuerpo del hombre (el texto habla de "zela", que se ha traducido como "costilla"; con todo, la palabra puede significar "lado" o "costilla") y con ella hace a la mujer (vv. 21-22).

¿Por qué el "sueño profundo" del hombre? Porque, de acuerdo con la concepción del autor yahvista, crear era secreto de Dios y el hombre no podía ser testigo de ese momento solemne y misterioso; le quedaba admirar la creación de Dios y adorarlo por sus obras admirables.

Después de haber "construido" a la mujer, Yahvé la acompaña y la presenta al hombre. La mujer es aquí presentada como una novia conducida a presencia del novio y Dios como el "padrino" de ese noviazgo. El hombre, despierto del "sueño profundo", acoge a la mujer con un grito de alegría y la reconoce como la compañía que le hacía falta, su complemento, su otro yo: "¡Ésta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!" (v. 23a). El hombre (v. 23b) da a su compañera el nombre de "mujer" (en hebreo: 'ishah) porque fue sacada del hombre (en hebreo: 'ish). La proximidad de las dos palabras sugiere la proximidad entre el hombre y la mujer, su igualdad fundamental en dignidad, su complementariedad, su parentesco.

Nuestro texto termina con un comentario que no es de Dios, ni del hombre, ni de la mujer, sino del catequista yahvista: "Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne" (v. 24). Este comentario

pretende ser la respuesta a una cuestión concreta: ¿de dónde viene esa fuerza poderosa que es el amor y que es más fuerte que el vínculo que nos liga a nuestros propios padres? Para el catequista yahvista, el amor viene de Dios, que hace al hombre y a la mujer una sola carne; por eso, el hombre y la mujer buscan esa unidad y están destinados, inevitablemente, a vivir en comunión uno con el otro.

1.3. Actualización

- ✚ "No es bueno que el hombre esté sólo". Estas palabras, puestas por el autor yahvista en boca de Dios, sugieren que la realización plena del hombre se produce en la relación y no en la soledad.

El hombre que vive cerrado en sí mismo, que elige recorrer caminos de egoísmo y de autosuficiencia, que rechaza el diálogo y la comunión con aquellos que caminan a su lado, que tiene el corazón cerrado al amor y al compartir, es un hombre profundamente infeliz, que nunca conocerá la felicidad plena.

A veces la preocupación por el dinero, por la realización profesional, por el estatus social, por el éxito llevan a los hombres a prescindir del amor, a renunciar a la familia, a no tener tiempo para los amigos. Y, un día, después de haber acumulado mucho dinero o de haber llegado a la presidencia de la empresa, constatan que están solos y que su vida es estéril y vacía.

La Palabra de Dios que se nos propone nos envía un aviso claro: la vocación del hombre es el amor; la soledad, incluso cuando está compensada por la abundancia de bienes materiales, es un camino de infelicidad.

- ✚ A veces, ciertos círculos religiosos más cerrados desvalorizan el amor humano, consideran el matrimonio como un estado inferior de realización de la vocación cristiana y ven en la sexualidad algo pecaminoso. No es esta la perspectiva que la Palabra de Dios nos presenta.

En nuestro texto, el amor aparece como algo que está, desde siempre, inscrito en el proyecto de Dios y que es querido por Dios. Dios creó al hombre y a la mujer para que se ayudaran mutuamente y para que compartieran, en el amor, sus vidas. Es en el amor y no en la soledad donde el hombre encuentra su realización plena y el sentido de su existencia.

- ✚ Hombre y mujer son, de acuerdo con nuestro texto, iguales en dignidad. Son "de la misma carne", en igualdad de ser, partícipes del mismo destino; se complementan uno al otro y se ayudan mutuamente a alcanzar la realización. Son, por tanto, iguales en dignidad. Esta realidad exige que el hombre y la mujer se respeten absolutamente uno al otro y excluye, naturalmente, cualquier actitud que signifique dominación, esclavitud, prepotencia, uso egoísta del otro.

Salmo responsorial

Salmo 127, 1 - 6

V/. Que el Señor nos bendiga
todos los días de nuestra vida.

R/. Que el Señor nos bendiga
todos los días de nuestra vida.

V/. Dichoso el que teme al Señor
y sigue sus caminos.
Comerás del fruto de tu trabajo,
serás dichoso, te irá bien.

R/. Que el Señor nos bendiga
todos los días de nuestra vida.

V/. Tu mujer, como parra fecunda,
en medio de tu casa;
tus hijos, como renuevos de olivo,
alrededor de tu mesa.

R/. Que el Señor nos bendiga
todos los días de nuestra vida.

V/. Esta es la bendición del hombre
que teme al Señor.
Que el Señor te bendiga desde Sión,
que veas la prosperidad de Jerusalén
todos los días de tu vida.

R/. Que el Señor nos bendiga
todos los días de nuestra vida.

V/. Que veas a los hijos de tus hijos.
¡Paz a Israel!

R/. Que el Señor nos bendiga
todos los días de nuestra vida.

SEGUNDA LECTURA

EL santificador y los santificados proceden todos del mismo

Lectura de la carta a los Hebreos 2, 9 - 11

Hermanos:

Al que Dios había hecho
un poco inferior a los ángeles,
a Jesús,
lo vemos ahora coronado de gloria y honor
por su pasión y muerte.
Así, por la gracia de Dios,
ha padecido la muerte para bien de todos.
Dios, para quien y por quien existe todo,
juzgó conveniente,
para llevar a una multitud de hijos a la gloria,
perfeccionar y consagrar con sufrimientos
al guía de su salvación.
El santificador y los santificados
proceden todos del mismo.
Por eso no se avenguenza
de llamarlos hermanos.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

La Carta a los Hebreos es un sermón de un autor cristiano anónimo, probablemente elaborado en los años que preceden a la destrucción del Templo de Jerusalén (año 70). Está destinado a comunidades cristianas no identificadas (el título "a los hebreos" le fue puesto posteriormente y proviene de las múltiples referencias al Antiguo Testamento y al ritual de los "sacrificios" que la obra presenta).

Se trata, en cualquier caso, de comunidades cristianas en una situación difícil, expuestas a persecuciones y que viven en un ambiente hostil a la fe. Los miembros de esas comunidades perdieron ya el fervor inicial por el Evangelio, se dejaron contaminar por el desánimo y comenzaron a ceder a la seducción de ciertas doctrinas no muy coherentes con la fe recibida de los apóstoles.

El objetivo del autor de este "discurso" es estimular la vivencia del compromiso cristiano y llevar a los creyentes al crecimiento de la fe.

La Carta a los Hebreos presenta, utilizando el lenguaje de la teología judía, el misterio de Cristo, el sacerdote por excelencia, a través del cual los hombres tienen acceso libre a Dios y son insertados en la comunión real y definitiva con Dios.

El autor aprovecha, frecuentemente, para reflexionar sobre las implicaciones de ese hecho: puestos en relación con el Padre por Cristo/sacerdote, los creyentes están insertos en ese Pueblo sacerdotal que es la comunidad cristiana y deben hacer de su vida un continuo sacrificio de alabanza, de entrega y de amor. De esta forma, el autor ofrece a los cristianos, una profundización y una ampliación de la fe primitiva, capaz de revitalizar su experiencia de fe, debilitada por la acomodación y por la persecución.

El texto que se nos propone, está incluido en la primera parte de la Carta (cf. Hb 1,5-2,18). Ahí, el autor recorre y repite aquello que la catequesis primitiva afirmaba sobre el misterio de Cristo: su encarnación, su pasión y muerte, su glorificación por la resurrección. A lo largo de estos dos capítulos, el autor va afirmando la superioridad de Jesús en relación con todas las criaturas del universo, y en relación con los ángeles.

2.2. Mensaje

Jesús aceptó despojarse de sus prerrogativas divinas y hacerse "un poco inferior a los ángeles" a fin de que, por la ofrenda de su vida hasta la muerte, se cumpliese el proyecto salvador del Padre para los hombres (v. 9).

Después de esta afirmación de principio, el autor de la Carta a los Hebreos va a profundizar su reflexión y a explicar por qué Jesús tuvo que pasar por la humillación

de la cruz (la explicación es más larga que la lectura que se nos propone y va del versículo 10 al 18).

La cuestión de la pasión y muerte de Cristo era una "conveniencia" del proyecto salvador que Dios tenía para los hombres ("convenía", v. 10).

¿Qué significa esto? El objetivo de Dios es que el hombre crezca hasta llegar a la vida plena. Ahora bien, para conseguir que la humanidad alcance ese fin, Dios le dio un guía, Jesucristo. Él debía mostrar, con su vida y con su ejemplo, que se llega a la plenitud de la vida cumpliendo íntegramente la voluntad del Padre y haciendo de la propia existencia un don de amor por los hermanos.

La cruz fue la expresión máxima y total de esa vida de entrega a los designios de Dios y de donación por los hermanos. Muriendo por amor, Jesús enseñó a los hombres cómo deben vivir, cuál es el camino que deben recorrer, para llegar a la plenitud de la vida, a la felicidad sin fin; muriendo por amor y resucitando luego para llegar a la vida plena, Jesús liberó a los hombres del miedo paralizante a la muerte y les mostró que la muerte no es el final para quien vive en entrega a Dios y en donación a los hermanos.

Al asumir la naturaleza humana, al hacerse solidario con los hombres, al hacerse hermano de los hombres, Cristo (aquel que santifica) insertó a los hombres (los que son santificados) en la órbita de Dios y les mostró el camino a seguir para formar parte de la familia de Dios (v. 11).

2.3. Actualización

- ✚ La encarnación, pasión y muerte de Jesús atestiguan, sobre todo, el increíble amor de Dios por los hombres. Es el amor de alguien que envió a su propio Hijo para hacer de su vida un don, hasta la muerte en cruz, para mostrar a los hombres el camino de la vida plena y definitiva.

Se trata de una realidad que la Palabra de Dios nos recuerda cada domingo; y se trata de una realidad que no debe dejar de asombrarnos y de llevarnos a la gratitud y al amor.

- ✚ La actitud de aceptación incondicional del proyecto del Padre asumida por Cristo, contrasta con el egoísmo y la autosuficiencia de Adán frente a las propuestas de Dios.

La obediencia de Cristo, trajo vida plena al hombre; la desobediencia de Adán, trajo sufrimiento y muerte a la humanidad. El ejemplo de Cristo nos invita a vivir en la escucha atenta y en la obediencia radical de las propuestas de Dios: ese camino es generador de vida verdadera.

Cuando el hombre prescinde de Dios, de sus propuestas, y decide que él es quien define el camino a seguir, fatalmente se precipita hacia proyectos de ambición, de orgullo, de injusticia, de muerte.

Cuando el hombre escucha y acoge los retos de Dios, aprende a amar, a compartir, a servir, a perdonar y se convierte en fuente de bendición para todos aquellos que caminan a su lado.

✚ Jesús se hizo hombre, se enfrentó a la condición de debilidad de los hombres y murió en una cruz.

Sin embargo, su glorificación mostró que la muerte no es el final del camino para quien hace de la vida una escucha atenta a los planes de Dios y una donación de amor a los hermanos. De esa forma, él liberó a los hombres del miedo a la muerte.

Ahora, podemos enfrentarnos contra la injusticia, la opresión, contra las fuerzas del mal que oprimen a los hombres, sin miedo a morir: sabemos que quien vive como Jesús no queda prisionero de la muerte, sino que está destinado a la vida verdadera y eterna.

Aleluya

1 Jn 4, 12

Si nos amamos unos a otros,
Dios permanece en nosotros,
y su amor ha llegado en nosotros a su plenitud.

EVANGELIO

Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre

✠ Lectura del santo evangelio según san Marcos 10, 2 - 16

En aquel tiempo, se acercaron unos fariseos y le preguntaron a Jesús, para ponerlo a prueba:

— «¿Le es lícito a un hombre divorciarse de su mujer?»

Él les replicó:

— «¿Qué os ha mandado Moisés?»

Contestaron:

— «Moisés permitió divorciarse, dándole a la mujer un acta de repudio.»

Jesús les dijo:

— «Por vuestra terquedad dejó escrito Moisés este precepto.

Al principio de la creación Dios "los creó hombre y mujer.

Por eso abandonará el hombre a su padre y a su madre,

se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne".

De modo que ya no son dos, sino una sola carne.

Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre.»

En casa, los discípulos volvieron a preguntarle sobre lo mismo.

Él les dijo:

— «Si uno se divorcia de su mujer y se casa con otra, comete adulterio contra la primera.

Y si ella se divorcia de su marido y se casa con otro, comete adulterio.»

Le acercaban niños para que los tocara, pero los discípulos les regañaban.

Al verlo, Jesús se enfadó y les dijo:

— «Dejad que los niños se acerquen a mí: no se lo impidáis; de los que son como ellos es el reino de Dios.

Os aseguro que el que no acepte el reino de Dios como un niño, no entrará en él.»

Y los abrazaba y los bendecía imponiéndoles las manos.

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

Despidiéndose definitivamente de Galilea, Jesús continúa su camino hacia Jerusalén, al encuentro de su destino final.

El episodio de hoy nos sitúa "en la región de Judea, más allá del Jordán" (v. 1), esto es, en el territorio transjordano de Perea, territorio gobernado por Herodes Antipas, el mismo que había asesinado a Juan Bautista cuando este le criticó por haber abandonado a su esposa legítima. Ahí, Jesús vuelve a confrontarse con las multitudes y a dirigirles sus enseñanzas. Los discípulos, por su parte, continúan rodeando a Jesús y beneficiándose de una instrucción especial.

Entran de nuevo en escena los fariseos, no para escuchar sus propuestas, sino para comprometerle y conseguir una declaración comprometedora. Son los fanáticos de la Ley que van a proporcionar a Jesús la oportunidad de pronunciarse sobre una cuestión delicada y comprometedora: el matrimonio y el divorcio.

Se trataba, en realidad, de una cuestión "caliente" y no totalmente consensuada en las discusiones de los "maestros" de Israel.

La Ley de Israel permitía el divorcio (*"cuando un hombre toma a una mujer y se casa con ella, si después le deja de gustar, por haber descubierto en ella algo inconveniente, le entrega un acta de divorcio, se lo da en mano y la despide de su casa"*, Dt 24,1), pero no era totalmente clara acerca de las razones que podrían fundamentar el rechazo de la mujer por el marido.

En la época de Jesús, las dos grandes escuelas teológicas del tiempo discrepaban en la interpretación de la Ley del divorcio.

La escuela de Hillel enseñaba que cualquier motivo, incluso el más fútil (porque la esposa cocinaba mal o porque al marido le gustaba más otra) servía para que el hombre despidiese a la mujer; la escuela de Shammai, más rigurosa, defendía que sólo una razón muy grave (el adulterio o la mala conducta de la mujer) daba al marido el derecho de repudiar a su esposa.

La mujer, a su vez, estaba autorizada a obtener el divorcio en el tribunal solamente en el caso de que el marido estuviera afectado por la lepra o por ejercer un oficio repugnante.

En esta discusión de contornos poco claros es donde los fariseos intentan envolver a Jesús. Una respuesta negativa por parte de Jesús sería, ciertamente, interpretada como una condena del matrimonio de Herodes Antipas con Herodías, su cuñada. La pregunta de los fariseos se inserta, probablemente, en un intento de encontrar razones para eliminar a Jesús.

3.2. Mensaje

Ante la pregunta puesta por los fariseos: "¿puede un hombre repudiar a su mujer?" (v. 2), Jesús comienza recordándoles el estado de la cuestión en la perspectiva de la Ley, "¿qué os ordenó Moisés?" (v. 3). Eso no significa, sin embargo, que Jesús se identifique con la posición de la Ley a propósito de la cuestión del divorcio.

Efectivamente, la Ley permite el divorcio ("*Moisés permitió divorciarse, dándole a la mujer un acta de repudio*", v. 4). Pero, esa condescendencia de la Ley no es fruto del proyecto de Dios para el hombre y para la mujer, sino que es consecuencia de la "*dureza del corazón*" de los hombres.

Las prescripciones de Moisés no definen el cuadro ideal del amor del hombre y de la mujer, sino que únicamente regulan el compromiso matrimonial, teniendo en cuenta la mediocridad humana.

En contraste con la permisividad de la Ley, Jesús va a presentar el proyecto primordial de Dios para el amor del hombre y de la mujer.

Citando libremente Gn 1,27 y Gn 2,24, Jesús explica que en el proyecto original de Dios, el hombre y la mujer fueron creados uno para el otro, para complementarse, para ayudarse, para amarse.

Unidos por el amor, el hombre y la mujer serán "una sola carne". Ser "una sola carne", implica vivir en comunión total el uno con el otro, dándose el uno al otro, compartiendo la vida el uno con el otro, unidos por un amor que es más fuerte que cualquier otro vínculo. La separación será siempre un fracaso del amor; no está prevista en el proyecto ideal de Dios, pues Dios no valora un amor que no sea total y duradero. Sólo el amor eterno, expresado en un compromiso indisoluble, respeta el proyecto primordial de Dios para la mujer y para el hombre.

La perspectiva de Jesús acerca de la cuestión es la siguiente: en esa nueva realidad que Dios quiere proponer al hombre (el Reino de Dios), ha llegado el momento de abandonar la facilidad, la mezquindad, las medias tintas y apuntar hacia un lugar más alto.

En relación con el matrimonio, el apuntar más alto es el tender al proyecto inicial de Dios para el hombre y para la mujer, que preveía un compromiso de amor estable, duradero, indisoluble.

Para los discípulos (que anteriormente, en diversas situaciones, tuvieron dificultad para pasar de la lógica del mundo a la lógica de Dios), el discurso de Jesús es difícil de entender; por eso, cuando llegan a casa, piden a Jesús explicaciones complementarias (v. 10).

Jesús reitera que la relación entre el hombre y la mujer se debe encuadrar en el proyecto inicial de Dios y no en las facilidades concedidas por la Ley de Moisés. La

perspectiva de Dios es que el marido y la esposa, unidos por el amor, formen una comunidad de vida estable e indisoluble. El divorcio no cabe en ese proyecto. Marido y mujer, en igualdad de circunstancias, son responsables de la edificación de la comunidad familiar y de evitar el fracaso del amor (v. 11-12).

El texto que se nos propone termina con una escena en la que Jesús acoge, defiende y bendice a los niños (v. 13-16).

Los niños son, aquí, una especie de contrapunto al orgullo y arrogancia con la que los fariseos se presentan ante Jesús, y también para presentar la dificultad con la que los discípulos tenían, en las escenas precedentes, para acoger la lógica del Reino.

Los niños son sencillos, transparentes, sin cálculos; no tienen prestigio o privilegios que defender; se entregan confiadamente en brazos de los padres y lo esperan todo de ellos, con amor. Por eso, los niños son el modelo del discípulo.

El Reino de Dios es de aquellos que, como los niños, viven con sencillez y verdad, sin preocuparse de defender sus intereses egoístas o sus privilegios, acogiendo las propuestas de Dios con sencillez y amor.

Quien no es "niño", esto es, quien anda por caminos tortuosos y calculadores, quien no renuncia al orgullo y a la autosuficiencia, quien desprecia la lógica de Dios y sólo cuenta con la lógica del mundo (también en la cuestión del matrimonio y del divorcio), quien conduce su propia vida al ritmo de intereses y valores efímeros, quien no acepta cuestionar los propios razonamientos y prejuicios, no puede formar parte de la comunidad del Reino.

3.3. Actualización

- ✚ El Evangelio de este Domingo nos presenta el proyecto ideal de Dios para el hombre y para la mujer que se aman: están invitados a vivir en comunión total el uno con el otro, dándose uno al otro, compartiendo la vida, unidos por un amor que es más fuerte que cualquier otro vínculo.

El fracaso de esta relación, no está previsto en ese proyecto ideal de Dios. El amor de un hombre y de una mujer que se comprometen delante de Dios y de la sociedad, debe ser un amor eterno e indestructible, que es reflejo de ese amor que Dios tiene por los hombres.

Este proyecto de Dios no es una realidad intangible e imposible: hay muchos matrimonios que, día a día, en medio de las dificultades, luchan por su amor y dan testimonio de un amor eterno y que nada ni nadie consigue estremecer.

- ✚ Las telenovelas, los valores de la moda, la opinión pública, se esfuerzan en presentar el fracaso del amor como una realidad normal, banal, que puede suceder en cualquier instante y que resuelve fácilmente las dificultades que dos personas tienen en el compartir su proyecto de amor.

Para los matrimonios cristianos, el fracaso del amor no es una normalidad, sino una situación extrema, una realidad excepcional.

Para los matrimonios cristianos, el divorcio no debe ser un remedio sencillo y siempre a mano para resolver las pequeñas dificultades que la vida de todos los días nos presenta.

De partida, el compromiso del amor no debe ser una realidad efímera, sujeta a proyectos egoístas y superficiales, que terminan cuando surgen dificultades o cuando uno de los dos se enfrenta a otras propuestas. Para el matrimonio que quiere vivir en la dinámica del Reino, la separación no debe ser una propuesta que esté siempre encima de la mesa. Marido y mujer tienen que esforzarse en realizar su vocación de amor, a pesar de las dificultades, de las crisis, de las divergencias y de los problemas que, día a día, la vida les va presentando.

La Iglesia está llamada a ser en el mundo, incluso contra corriente, testimonio del proyecto ideal de Dios.

- ✚ A pesar de todo, la vida de los hombres y de las mujeres está marcada por la debilidad propia de la condición humana. No siempre las personas, a pesar de su esfuerzo y de su buena voluntad, consiguen ser fieles a los ideales que Dios propone.

La vida de todos nosotros está llena de fracasos, de infidelidades, de faltas. En esas circunstancias, la comunidad cristiana debe ser muy comprensiva con aquellos que fallan (muchas veces sin culpa) en la vivencia de su proyecto de amor. En ninguna circunstancia las personas divorciadas deben ser marginadas o apartadas de la vida de la comunidad cristiana. La comunidad debe, en todos los instantes, acoger, integrar, comprender, ayudar a aquellos a quienes las circunstancias de la vida impidieron vivir el proyecto ideal de Dios.

No se trata de renunciar al "ideal" que Dios propone; se trata de testimoniar la bondad y la misericordia de Dios para con todos aquellos a quienes el compartir un proyecto común hace sufrir y que, por diversas razones, no pudieron realizar ese ideal que un día, delante de Dios y de su comunidad, se comprometieron a vivir.

- ✚ Los niños que Jesús nos presenta, en el Evangelio de este Domingo, como modelos del discípulo, nos invitan a la sencillez, a la humildad, a la sinceridad, a la acogida humilde de los dones de Dios.

De acuerdo con las palabras de Jesús, no puede formar parte del Reino quien se sitúa en una actitud de orgullo, de autosuficiencia, de autoritarismo, de superioridad sobre los hermanos. La dinámica del Reino exige personas dispuestas a acoger y a escuchar las propuestas de Dios y dispuestas a servir a los hermanos con humildad y sencillez.